

# Construcción de la idea de nación: del Costumbrismo a los inicios de una conciencia nacional

Luis Henry Vara Marín<sup>1</sup>

Universidad Nacional Federico Villarreal

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Centro de Estudios Culturales y Literarios (CECYL)

(Lima, Perú)

13

## Resumen

En el presente artículo, desarrollaremos un recorrido histórico del concepto de nación, desde sus nociones iniciales hasta su definición funcional en el marco de las modernas discusiones sobre el origen de las naciones en Latinoamérica. Para ello, nos centraremos en el caso peruano y plantearemos que la idea de nación en el Perú, surgida en el siglo XIX, articuló elementos reales, subjetivos, materiales, históricos e imaginarios que fueron determinados y reelaborados por un sector privilegiado de la sociedad que denominaremos *criollos letrados limeños*. Esta construcción de la idea de nación peruana por parte de una élite intelectual implicó el uso de la literatura y el periodismo como vehículos ideológicos para formar una determinada conciencia nacional en los lectores de aquella época, como será evidenciado en el análisis de la novela *Gonzalo Pizarro* de Manuel Ascencio Segura.

Palabras claves: Nación/ nacionalismo criollo/ costumbrismo/ ideología

---

<sup>1</sup>Es miembro fundador del Centro de Estudios Culturales y Literarios (CECYL), Bachiller en Literatura por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional Federico Villarreal. Es Graduado de la maestría en Literatura con mención en Estudios Culturales en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Bachiller en Pedagogía por la Universidad Ricardo Palma. Ha presentado su tesis sobre la novela *Gonzalo Pizarro*, novela histórica de Manuel A. Segura. Actualmente, ejerce la docencia y trabaja como editor en la Editorial Santillana. Correo electrónico: luisvarr@hotmail.com

## Abstract

In this article we will develop a historical overview of the concept of nation, from its initial notions to its functional definition in the framework of the modern discussions on the origin of nations in Latin America. In order to do this, we will focus on the Peruvian case and propose that the idea of nation in Peru, which emerged in the nineteenth century, articulated real, subjective, material, historical and imaginary elements that were determined and reworked by a privileged sector of society We will call Lima literary creoles. This construction of the idea of a Peruvian nation by an intellectual elite involved the use of literature and journalism as ideological vehicles to form a certain national consciousness in the readers of that time, As will be evidenced in the analysis of the novel *Gonzalo Pizarro* by Manuel A. Segura

Keywords: Nation / Creole nationalism / costumbrismo / ideology

## Introducción

Los discursos y teorías sobre la nación y el nacionalismo empezaron a plantearse a lo largo del siglo XIX insertando en la discusión conceptos como raza, etnia, historia, cultura, estado, gobierno o patria. Se sustentan concepciones tan disímiles como que: “la nación o las naciones son tan viejas como la aparición de la civilización o la historia del hombre”. Sin embargo, es en la segunda mitad del siglo XX el momento en que los estudios e investigaciones sobre el nacionalismo cobran una real importancia a partir del interés por explicar fenómenos sociales y políticos tan complejos como el fascismo italiano o el nacional socialismo alemán; entonces era inevitable reflexionar sobre todos aquellos elementos que hacían que un grupo de individuos fueran capaces de entregar la vida por su nación. Como lo señala Eric Hobsbawm en *Naciones y nacionalismo desde 1780*: “existe una gran cantidad de ensayos y textos que analizan el importante fenómeno social del nacionalismo en los últimos cincuenta años” (p. 9). Entre 1968- 1988, se sitúa el periodo en el que el mayor número de obras sobre la nación y los movimientos nacionales han aparecido, lo que demostraría la importancia del tema en las ciencias sociales en el contexto de la globalización y en una realidad que se ha establecido y estructurado en torno a algunos conceptos claves como el de “nación”. Hobsbawm destaca diez libros fundamentales para entender el concepto de nación y de nacionalismo. Entre los más importantes tenemos a *Imagined communities* (Anderson, 1991); *Nations Before Nationalism* (Armstrong, 1983); *Nacionalism And The State* (Breuilly, 1982); *The Hidden Frontier: Ecology And Ethnicity In An Alpine Valley* (Cole, John W. y Eric R. Wol, 1974); *Language Problems Of Developing Countries* (Fishman, J., Ed., 1968); *Nations And Nationalism* (Gellner, Ernest, 1983); *The Invention Of Tradition* (Hobsbawm, E. J., Y Terence Ranger, 1983); *Theories Of Nationalism* (Smith, A. D., 1983).

En esta lista de libros encontramos dos características comunes: la primera es que la mayor parte corresponde a publicaciones inglesas o norteamericanas, lo que demuestra que para Hobsbawm los estudios más importantes se han desarrollado en el mundo académico de dichos países. La segunda característica es que en casi ninguno de estos libros se estudia a profundidad o directamente el nacionalismo latinoamericano, a pesar de que los países independizados de la corona española estuvieron entre los primeros en articular discursos nacionalistas durante el siglo XIX. Estos dos rasgos señalados demuestran que el fenómeno del nacionalismo latinoamericano nunca fue importante para la academia anglosajona, europea o norteamericana. Es por eso que la teoría esbozada en estas publicaciones solo puede servirnos de marco general para abordar el fenómeno del nacionalismo latinoamericano. Es preciso señalar que uno de los libros más influyentes en los teóricos latinoamericanos del nacionalismo es el de Benedict Anderson titulado *Comunidades Imaginadas*. En este se plantea una serie de características muy particulares para explicar el origen de las naciones latinoamericanas en el siglo XIX. En esta teorización del nacionalismo, también son fundamentales los aportes de teóricos como Ernest Renan, Ernest Gellner y Eric Hobsbawm, quienes plantearon una serie de rasgos fundamentales para entender la relación entre el concepto de nación e historia, construcción discursiva e ideológica, artefacto cultural e imaginario social.

Por lo tanto, en los siguientes apartados esbozaremos un concepto de nación enmarcado en las modernas discusiones sobre el origen de las naciones en Latinoamérica. Bajo esta perspectiva, estudiaremos el caso peruano y sustentaremos que la idea de nación en el Perú, surgida en el siglo XIX, articuló elementos reales e imaginarios que fueron reelaborados por un sector privilegiado de la sociedad que denominaremos criollos letrados limeños. Esta construcción (simbólica y discursiva) de la idea de nación fue representada en la novela *Gonzalo Pizarro* de Manuel A.

Segura como lo evidenciaremos en la parte final del trabajo, ya que la literatura y el periodismo fueron empleados como vehículos ideológicos para formar una comunidad que se imaginó y definió desde los parámetros e intereses criollos a lo largo de todo el siglo XIX.

### **1. El inicio de la nación: un concepto histórico**

Una de las reflexiones más certeras sobre el nacionalismo fue sustentada por el historiador y filósofo francés Joseph Ernest Renan en una famosa conferencia pronunciada en la Sorbona casi a finales del siglo XIX titulada "¿Qué es una Nación?". En esta desarrolla el concepto de "nación" ligado a un grupo de personas que se distinguen del resto por su historia común, su proyección de futuro y el olvido histórico común, como factores esenciales para la creación de una nación.

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, a decir verdad, no son más que una sola, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una se halla en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos, la otra el consentimiento actual, el deseo de vivir en común, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia indivisa que se ha recibido. El hombre, señores, no se improvisa. La nación, como el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, sacrificios y devoción.

(1882, p. 41)

Este historiador, deja de lado las cuestiones raciales, geográficas, étnicas y lingüísticas comunes de un pueblo en su definición de nación, y de manera preponderante señala a la religión, la raza, el idioma, la cultura, el territorio y otras como elementos importantes de una nación. Establece el origen de las naciones en un periodo bastante reciente y las diferencia de los viejos imperios y reinos de la antigüedad. Importante es el hecho, que por primera vez se establece la

historia de un pueblo y su proyección a futuro como la columna vertebral de una nación. La percepción que cada pueblo tiene sobre sí mismo, su pasado y su futuro es más importante que los rasgos fácticos como la lengua, raza o religión que antes se pensaban eran los principales elementos integradores de una nación. No basta el espacio común o las mismas costumbres, si es que no existe una misma historia compartida y asumida por la comunidad. Además, señala un elemento adicional: los hechos fortuitos. Estos pueden ser diversos y ayudan a estructurar a una nación en situaciones determinadas. Sobre ello señala:

Por lo tanto, la nación moderna es un resultado histórico provocado por una serie de hechos que convergen en un mismo sentido. En ocasiones, la unidad fue realizada por una dinastía, como en el caso de Francia; otras veces lo fue por la voluntad directa de las provincias, como aconteció con Holanda, Suiza y Bélgica, o por un espíritu general, vencedor tardío de los caprichos del feudalismo, como en Italia y Alemania. Siempre presidió estas formaciones una profunda razón de ser. (1882, p. 33)

Es decir, no existe un modo único en la manera en que se puede explicar una nación, pero sí es importante que existan los elementos antes señalados. El origen de los pueblos puede ser conflictivo en diversos aspectos, como en el caso latinoamericano. Sin embargo, la conformación de una nación demanda el olvido, y por ende, la recreación de una historia en donde todos puedan ubicarse y sentirse identificados. En este sentido, y bajo esta visión, la independencia de los países latinoamericanos, y el retiro del poder español, puso en evidencia la heterogeneidad de historias que existían a la vez, y que eran compartidas en un mismo espacio por lo que el origen de una nación fue casi imposible. En cada uno de los países independizados como México, Colombia o Perú, los criollos tuvieron que legitimar su visión de mundo a la fuerza, y a nivel simbólico en desmedro de las demás visiones de mundo. La viabilidad de una convivencia de varias naciones

era imposible, por lo que el factor ideológico, y su afirmación en los individuos era fundamental, como acto integrador.

Por otra parte, y años después, Ernest Gellner en su importante libro *Naciones y nacionalismo* propone que el "nacionalismo" es básicamente un principio político y señala que el nacionalismo solo apareció y se convirtió en necesidad sociológica en el mundo moderno. Destaca, que la nación o la idea de nación, aparece como una necesidad de integración en un mundo que se industrializa.

La gran -pero válida- paradoja es la siguiente: las naciones sólo pueden definirse atendiendo a la era del nacionalismo, y no, como pudiera esperarse, a la inversa. La 'era del nacionalismo no es la simple suma del despertar y la afirmación política de tal o cual nación. Lo que ocurre es, más bien, que cuando las condiciones sociales generales contribuyen a la existencia de culturas desarrolladas estandarizadas, homogéneas y centralizadas, que penetran en poblaciones enteras, y no sólo en minorías privilegiadas, surge una situación en la que las culturas santificadas y unificadas por una educación bien definida constituyen prácticamente la única clase de unidad con la que el hombre se identifica voluntariamente, e incluso, a menudo, con ardor. (1997, p. 80)

En épocas anteriores (la fase "agroalfabetizada" de la Historia), los gobernantes contaban con pocos incentivos para imponer la homogeneidad cultural sobre quienes gobernaban. No obstante, en la sociedad moderna, el trabajo pasa a ser de tipo técnico. El hombre debe operar una máquina y debe aprender a manejarla. Existe una necesidad de comunicación impersonal, libre de contexto y con un alto grado de estandarización cultural.

El nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa. No puede negarse que aprovecha si bien de forma muy selectiva, ya menudo transformándolas radicalmente la multiplicidad de culturas, o riqueza cultural preexistente, heredada históricamente. Es posible que se haga revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren esencias originales completamente ficticias. Pero este aspecto culturalmente creativo e imaginativo, positivamente inventivo, del ardor nacionalista no capacita a nadie para concluir erróneamente que el nacionalismo es una invención contingente, artificial, ideológica, que no habría surgido si esos condenados y entrometidos pensadores europeos que no tienen otra cosa que hacer no lo hubiesen urdido e inoculado fatídicamente en la sangre de comunidades que de cualquier otro modo habrían sido viables políticamente. Los retales y parches culturales que utiliza el nacionalismo a menudo son invenciones históricas arbitrarias. (1997, p. 81)

Lo que se llamaba el espíritu de los pueblos, la historia común, el proyecto a futuro que Renán señalaba como factores fundamentales para la conformación de una nación, para Gellner no son más que invenciones de carácter artificioso e ideológico de pensadores europeos, creados con la finalidad de establecer comunidades. La coincidencia importante es la relación que se establece entre nación o nacionalismo y la época moderna o industrializada. Lo distinto y fundamentalmente opuesto, entre ambos teóricos, es la intención primaria que moviliza la creación de una nación. Además, Gellner agrega:

El engaño y autoengaño básicos que lleva a cabo el nacionalismo consisten en lo siguiente: el nacionalismo es esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad, de la población se había regido por culturas primarias. Esto implica la difusión generalizada de un idioma mediatizado por la escuela y supervisado académicamente, codificado según las exigencias



de una comunicación burocrática y tecnológica módicamente precisa. Supone el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal con individuos atomizados intercambiables que mantiene unidos por encima de todo una cultura común del tipo descrito, en lugar de una estructura compleja de grupos locales previa sustentada por culturas populares que reproducen local e idiosincrásicamente los propios microgrupos. Eso es lo que ocurre realmente. (1997, p. 83)

Curiosamente, para el caso Latinoamericano, algunas de sus afirmaciones no explican la permanente existencia de historias divergentes, que no han podido ser sintetizadas ni asimiladas, ni borradas, para dar paso al gran relato del nacionalismo, inventado y legitimado por los grupos de poder. Estas ideas no explican la permanente existencia conflictiva de grupos de poderes y grupos subalternizados que no se asimilan a la cultura industrializada o moderna. Es decir, su concepción no toma en cuenta el nacionalismo en las sociedades no industriales, como en el caso de los países sudamericanos en el siglo XIX, y el resurgimiento del nacionalismo en las sociedades postindustriales. Lo importante y destacable es que caracteriza al nacionalismo bajo un tenor altamente ideológico relacionado a la creación de discursos que son legitimados por los intelectuales e insertados en el imaginario como parte de una historia verídica, que finalmente es asumida por toda la comunidad. Sin embargo, cabe señalar que la heterogénea realidad latinoamericana y peruana obligan a que este concepto sea repensado en varios aspectos.

Hasta este punto, es importante ir anotando algunas ideas resaltantes. Una de ellas es que la nación no solo está compuesta por factores internos, sino también por discursos que articulan la conciencia de los integrantes de la nación. Además, es fundamental asimilar la idea de nación como un discurso moderno y que de algún modo es un artefacto inventado bajo ciertos intereses.

Por otro lado, Eric Hobsbawm en la introducción de su libro *Naciones y nacionalismo desde 1780*,

señala aspectos importantes en relación al concepto de nación, que ayudarán a posicionarnos en la problemática de su definición.

Al igual que la mayoría de los estudiosos serios, no considero la “nación” como una entidad social primaria ni invariable. Pertenece exclusivamente a un período concreto y reciente desde el punto de vista histórico. Es una entidad social sólo en la medida en que se refiere a cierta clase de estado territorial moderno, el “estado-nación”, y de nada sirve hablar de nación y de nacionalidad excepto en la medida en que ambas se refieren a él. Por otra parte, al igual que Gellner, yo recalcaría el elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones (...). En pocas palabras a efectos de análisis, el nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés. (1992, p. 18)

El autor asume que el concepto de nación está relacionado a cierta clase de estado moderno y tanto nación como nacionalidad tienen su legitimidad en un estado- territorio. Considera a la nación como un artefacto ideológico que construye estados y nacionalismos. Además, agrega: “*las naciones y los fenómenos asociados con ellas deben analizarse en términos de las condiciones y los requisitos políticos, técnicos, administrativos, económicos y de otro tipo*” (1992, p. 8). Señala una dualidad, que obliga a entender el concepto de nación como una construcción ideológica de élite (desde arriba), pero que también se relaciona con la conciencia de los integrantes de una comunidad (desde abajo).

(las naciones) son fenómenos duales, contruidos esencialmente desde arriba, pero que no pueden entenderse a menos que se analicen también desde abajo, esto es, en términos de los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses de las personas

normales y corrientes, que no son necesariamente nacionales y menos todavía nacionalistas.

(1992, p. 18)

El estudio y análisis de este fenómeno demanda una doble perspectiva y acercamiento. El primero de ellos es el ideológico, relacionado a intelectuales, el estado y grupos de poder. El otro está relacionado con los idearios o, dicho en otros términos, el que se refiere a las personas comunes y corrientes, que son los que les otorgan fuerzas y legitimidad a los artefactos construidos por una élite. Los modos en que estos artefactos son reconocidos y asimilados por parte de los integrantes de una comunidad se diferencian en cada uno de los casos por el momento histórico en el que una nación se consolida y es allí cuando se abre la necesidad histórica de un gran relato articulador. En el caso peruano, será necesario remitirnos a ese complejo momento de la independencia y analizar cómo, lo que Hobsbawm llama esperanzas, necesidades, intereses y anhelos, estos elementos articulados en un discurso nacionalista. Asimismo, se debe estudiar a aquellos que articularon este discurso o los discursos nacionalistas desde arriba. En ese sentido, Hobsbawm, agrega una perspectiva fundamental, en la que Gellner como Renan no habían reparado; esta es la dinámica interna de los imaginarios colectivos que se involucra en la formación y legitimación de los discursos nacionalistas. Esta nueva perspectiva “desde abajo” permite ver la nación tal y como la ven las personas comunes y corrientes, ya que las ideologías oficiales de los estados no echan luces sobre las percepciones de los ciudadanos.

Consideramos que Hobsbawm plantea dos ideas fundamentales para el análisis de los movimientos nacionales, que tomaremos en cuenta. La primera es que: “La “conciencia nacional” se desarrolla desigualmente entre los agrupamientos sociales y las regiones de un país; esta diversidad regional y sus razones han sido muy descuidadas en el pasado” (1992, p. 19). Esta

afirmación explicaría el heterogéneo desarrollo de las ideas nacionalistas en países como en el Perú, donde no solo importaba la geografía sino también las diversidades regionales.

La segunda se refiere a la clasificación histórica de los movimientos nacionales en tres fases: a) La fase A puramente cultural, literaria y folclórica, sin ninguna implicación política o nacional; b) La fase B en la que se encuentra un conjunto de precursores y militantes de “la idea nacional” y los comienzos de campañas políticas a favor de esta idea; c) La fase C, en la que el autor centra su trabajo cuando -y no antes- los programas nacionalistas obtiene el apoyo de las masas, o al menos parte del apoyo de las masas que los nacionalistas siempre afirman que representan. La transición de la fase B a la fase C es evidentemente un momento crucial en la cronología de los movimientos nacionales; sin embargo, para el caso peruano el carácter de estos movimiento no fue nacionalista, sino político y de intereses. Consideramos, que luego de la independencia peruana, el Estado-nación se quedó en la fase B, según la clasificación del teórico. Es decir, existen precursores y militantes de la idea de nación, pero no se desarrollan programas nacionalistas de identificación masiva.

## **2. Construcción de la idea de nación**

El concepto de nación surge y se complejiza a lo largo del siglo XIX, como lo sustentamos en el punto anterior; originalmente estuvo ligado a ideas de raza, etnia, comunidad o pueblo, pero luego fue evolucionando. A nivel de uso común, ya en el siglo XX, el concepto de nación se manejó bajo dos acepciones claramente diferenciadas: la de nación política, en el ámbito jurídico-político, asumida como un sujeto político en el que reside la soberanía constituyente de un estado;

y por otro lado, también se cuenta con la nación cultural, concepto socio-ideológico más subjetivo y ambiguo que el anterior, definido a grandes rasgos, como una comunidad humana con ciertas características culturales comunes, a las que dota de un sentido ético-político e ideológico.

En la primera acepción de carácter jurídico-político, encontramos la directa relación entre nación y estado (organización soberana). Concepto que podemos entender sin mayores problemas, porque al estado lo percibimos y conocemos a través de su organización (y representantes). El concepto estado-nación está relacionado con nuestra existencia cotidiana como ciudadanos de un determinado país. Por el contrario, en la segunda, nación cultural, estamos frente a un concepto altamente complejo por los elementos (comunidad, cultura, sentido político, ideología, etc.) que se interrelacionan y las subjetividades que se involucran allí, pues esto refiere a una comunidad humana determinada, sostenida y estructurada a partir de ideas y pasiones. Recordemos que uno de los planteamientos más aceptados sobre nación o nacionalismo es que estos conceptos son construcciones ideológicas de una clase social determinada: tanto Ernest Gellner como Eric Hobsbawm, coinciden y parten de esta premisa para analizar las implicancias que tiene este discurso construido bajo ciertos intereses de clase y legitimado por la comunidad humana que integra una nación. Con algunas diferencias y matices, ambos explican el origen de una nación a partir de un discurso ideológico que articula intereses de una clase determinada y se sostiene en los imaginarios colectivos y sus dinámicas a través de la historia. Benedict Anderson, por otra parte, no intenta explicar cómo se forma una nación o qué carácter presenta esta, sino que busca explicar de qué manera estos discursos surgidos bajo ciertas condiciones históricas y materiales se convierten en los grandes relatos de una comunidad, ya que considera que el nacionalismo o la nación son artefactos culturales, que se construyen o imaginan socialmente en una comunidad. Es

decir, que la nación es imaginada por las personas que se perciben a sí mismas como parte de este grupo.

### 3. Comunidad imaginada o imaginando la comunidad

La construcción de la nación es una expresión utilizada en Ciencias Sociales y en política para referirse al proceso de construir o estructurar una nación forjando una identidad nacional por medio del poder del Estado. Su objetivo es unificar a un pueblo o a varios dentro de una estructura estatal de modo que este pueda ser viable y políticamente estable a largo plazo. Este proceso se apoya en la creación de símbolos nacionales, como la bandera, himnos nacionales, días patrios; también en la creación de obras de infraestructura que presenten un carácter emblemático y provean razones para la generación de un sentimiento de orgullo nacional. Sin embargo, esta breve definición no precisa lo problemático que es explicar cómo se funda una nación; es decir, más que el proceso en que se legitiman los elementos de una nación deberíamos preguntar qué elementos realmente son imprescindibles para que una nación surja y se legitime en el tiempo en un grupo humano determinado.

Para Ernest Renan, el componente histórico y la visión de un futuro colectivo forjan el espíritu de un pueblo que sumado a diversos factores contextuales históricos permiten la creación de una nación. Al respecto veíamos, que para Ernest Gellner, el concepto de espíritu y azar no basta. Puntualiza que históricamente las naciones tenían su origen en la época moderna industrial europea, y que la noción de nación fue un artefacto ideológico inventado por intelectuales, grupos de poder y entes estatales, que se legitimaron bajo ciertas condiciones históricas. La nación es vista

como un constructo ideológico y cultural, que responde a ciertos intereses. Tomando en cuenta estas ideas previas, para Eric Hobsbawm, aunque la nación es un artefacto ideológico inventado por un grupo con intereses particulares, esta sería inviable sino estuviera sustentada en las esperanzas, necesidades e intereses de los integrantes de la comunidad, quienes finalmente, por mayoría, legitiman el discurso nacionalista. Es decir, la construcción de la nación es un proceso con dos aspectos importantes. El de arriba, que construye el discurso nacional, y el de abajo, que responde a la dinámica interna de los imaginarios colectivos. Sin embargo, ¿cómo funcionan estos imaginarios en relación al nacionalismo? y ¿bajo qué parámetros estos imaginarios se transforman?

Un hito fundamental, en esta larga discusión sobre los nacionalismos se instauró con la publicación del libro *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson, quien entiende, la nacionalidad y el nacionalismo como “artefactos” o “productos culturales” que deben ser estudiados desde una perspectiva histórica que muestre cómo aparecieron, cómo han ido cambiando de significado y cómo han adquirido la enorme legitimidad emocional con la que cuentan hoy en día. El autor trata de mostrar que aunque dichos productos culturales que nacieron a finales del siglo XVIII, fruto espontáneo de una compleja encrucijada de fuerzas históricas, una vez creados, se fueron convirtiendo en el modelo hegemónico de organización y control social. Modelo que será trasplantado (consciente o inconscientemente)- no solo a una gran variedad de terrenos sociales en los cuales se entrelazará con otras constelaciones políticas (el estado-nación) e ideológicas (el nacionalismo)- sino también al resto de países del mundo que, queriéndolo o no, respondiendo o no a su propia idiosincrasia, se verán forzados a adoptarlo.

En el primer capítulo el autor esboza una especie de definición de nación, que es fundamental para el concepto que se discute.

Mi punto de partida es la afirmación de que la nacionalidad, o la ‘calidad de nación’ –como podríamos preferir decirlo, en vista de las variadas significaciones de la primera palabra-, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular. A fin de entenderlos adecuadamente, necesitamos considerar con cuidado cómo han llegado a ser en la historia, en qué formas han cambiado sus significados a través del tiempo y por qué, en la actualidad, tienen una legitimidad emocional tan profunda. Trataré de demostrar que la creación de estos artefactos, a fines del siglo XVIII, fue la destilación espontánea de un ‘cruce’ complejo de fuerzas históricas discretas; pero que, una vez creados, se volvieron ‘modulares’, capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas. También trataré de explicar por qué estos artefactos culturales particulares han generado apegos tan profundos. (1987, p. 21)

En esta cita, reconocemos algunas ideas importantes, ya vistas previamente, y otras novedosas. Al igual que Gellner, se parte del hecho que la nación es un constructo; sin embargo, agrega un concepto, lo que él denomina “artefacto cultural”. Es decir, no destaca el aspecto ideológico del constructo sino el cultural, que además se produce y legitima en un complejo cruce de fuerzas históricas que para Latinoamérica sería la independencia al igual que para los Estados Unidos. Notamos que Anderson desarrollará su teoría sobre el análisis de las dinámicas internas de los imaginarios colectivos en relación a la historia que los circundó. Luego señalará la existencia, desde su perspectiva, de tres elementos o características que engloban toda nación: objetividad, universalidad y coherencia. “Estas tres características definirán la existencia de una



comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1987, p.23). Luego agrega: “Es imaginada, porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión” (1987, p. 23). En otras palabras, toda nación es una construcción ideológica que subyace en cada individuo y es capaz de otorgar ciertas características que la diferencian del resto, pues aunque sea la nación más grande del mundo siempre tendrá límites. Para el autor, los límites de toda nación se sustentan en un “nosotros” que se opone a todos aquellos que están fuera de la nación; de este modo, la identidad está signada por la línea que separa a un grupo humano de otro.

Anderson, más que ningún otro teórico, hace hincapié en la noción de comunidad, entendida, como una colectividad de sujetos, articulada por vínculos sociales, culturales e históricos. Al respecto dice que la nación “[...] se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (1987, p. 25). Además, destaca que una nación se imagina como una comunidad, porque se articula por sus similitudes más que por sus diferencias. Lo realmente novedoso y que lo diferencia de los anteriores teóricos del nacionalismo es que Anderson sostiene como eje de sus argumentos que el nacionalismo debe ser entendido no bajo el concepto de ser un constructo ideológico-político impuesto y aceptado por una comunidad, sino como la transformación de las nociones de una comunidad que forjaron nuevas ideas y creencias a partir de aspectos puntuales como la religión, el declive de los reinos, el lenguaje, el desarrollo de la imprenta, el apogeo del capitalismo, entre otros. Es decir, que la nación no es tanto una ideología política autoconsciente como un sistema cultural estrechamente relacionado con aquellos sistemas culturales a los que sucedió: la

comunidad religiosa y el reino dinástico o imperio, quienes, en su tiempo, también fueron marcos de referencia dados, inconscientes y automáticos. Para el caso del nacionalismo latinoamericano y, por ende, para el caso peruano, son dos los conceptos importantes que Anderson desarrolla especialmente sobre el tema: El *capitalismo impreso* que llega a Latinoamérica en la crucial circunstancia independentista, y se convierte en una herramienta fundamental para generar conciencia sobre las nuevas ideas. Y por otra parte, resalta las características que presentaron los pioneros criollos independentistas; en este punto, Anderson esboza una respuesta del porqué en América existió una conciencia nacional incluso antes que en Europa.

#### **4. El origen de la conciencia nacional en Latinoamérica**

El análisis que realiza Anderson sobre el origen del nacionalismo lo lleva a reflexionar no solo sobre las instancias históricas atravesadas por una ideología empoderada en las que se articula las ideas de nación, sino también sobre los artefactos culturales que originaron la conciencia nacional. El capitalismo impreso en ese sentido se presenta como la combinación de un sistema económico productivo, que sería el capitalismo en conjunción con una herramienta de comunicación masiva, que es la imprenta. Estos dos elementos en un contexto de diversidad lingüística como el europeo perfilaron la construcción de un “nosotros” en una comunidad determinada a partir de la institucionalización idiomática. En Europa, esto sucedió en plena decadencia del latín, que sumado al capitalismo impreso propulsó la valoración y legitimación de los idiomas vernáculos como el francés, alemán, italiano y, por supuesto, el español. Sin embargo, para el caso latinoamericano la cuestión idiomática no fue un factor determinante para el origen

de la nacionalidad de los países que buscarían independizarse del poder español, con el cual compartían el mismo idioma. Al respecto señala Anderson:

Todos ellos, incluidos los Estados Unidos, eran Estados criollos, formados y dirigidos por personas que compartían una lengua y una ascendencia comunes con aquellos contra quienes luchaban. En efecto, debemos reconocer que la lengua jamás fue ni siquiera un punto de controversia en estas luchas iniciales por la liberación nacional. (1987, p. 77)

Ante esta afirmación, que anuncia la inaplicabilidad de su tesis central sobre el origen del nacionalismo en Europa relacionada a la diversidad idiomática y herencia religiosa, el autor sostiene:

[...] ¿Por qué fueron precisamente las comunidades criollas las que concibieron en época tan temprana la idea de su nacionalidad, mucho antes que la mayor parte de Europa? ¿Por qué produjeron tales provincias coloniales, que de ordinario albergaban grandes poblaciones de oprimidos que no hablaban español, criollos que conscientemente redefinían a estas poblaciones como connacionales? ¿Ya España, a la que estaban ligados en tantos sentidos, como a un enemigo extranjero? ¿Por qué el Imperio hispanoamericano, que había persistido tranquilamente durante casi tres siglos, se fragmentó de repente en 18 Estados distintos? (1987, p. 81)

Estas preguntas, que buscan encontrar la explicación al nacionalismo latinoamericano criollo, son respondidas por el autor. En primer lugar, las relaciones entre españoles y criollos siempre fue de algún modo tensa. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, el cambio en las políticas fiscales que impuso la Corona española que buscaba incrementar sus ganancias, sumado al monopolio y las restricciones al comercio interno de sus dominios, garantizaron una centralización

mercantil nada amigable a las clases altas criollas. Por otro lado, las unidades administrativas con el transcurrir del tiempo adquirieron una autonomía que en algún punto se rebelarían contra el poder central y se convertirían en una nueva nación luego de las guerras por la independencia. Además, habría que sumar el profundo estado de exclusión al que estaban condenados los criollos. De aquí se infiere que la exclusión antes de la Independencia contaba con un patrón geográfico: ni los blancos nacidos en América eran españoles ni los blancos nacidos en España eran americanos.

En segundo lugar, se reconoce que hasta finales del siglo XVIII las ideas independentistas no habían calado o no tenían trascendencia. Según Anderson, era imposible comentar acerca de la figura del intelectual.

Por lo menos en Sudamérica y Centroamérica, las "clases medias" de estilo europeo eran todavía insignificantes a fines del siglo XVIII. Tampoco había mucho de *intelligentsia*. Porque "en aquellos tranquilos días coloniales pocas lecturas interrumpían el ritmo calmado. Y *snob* de las vidas de los hombres". Como hemos visto, la primera novela hispanoamericana se publicó apenas en 1816, mucho tiempo después del estallido de las guerras de independencia. (1987, p.78)

En ese sentido, mientras que Latinoamérica aún estaba aletargada por los viejos aires de la colonia a finales del siglo XVIII, en Estados Unidos y Francia la Ilustración estructuró el perfil ideológico de la independencia de las Trece Colonias y la Revolución Francesa. Este hecho fue fundamental, porque, posteriormente estos modelos ideológicos y de estados nacionales influenciarían profundamente a los futuros países latinoamericanos. Basta recordar la influencia que tendría la ilustración en publicaciones como *El Mercurio Peruano*, en el que eminentes personalidades criollas esbozaban el aprecio y la admiración por este continente. La esclavitud, el

mestizaje y la integración fueron una preocupación en los estados independizados por los levantamientos emancipadores. Inicialmente, una revuelta de las “clases bajas” era una piedra en el zapato para personajes como Simón Bolívar o José de San Martín, pero al presentar la carta de la abolición, la partida giró a favor de sus proyectos y en contra de sus antagonistas en aquel importante momento histórico.

*Fueron movimientos de independencia nacional. Bolívar cambio de opinión acerca de los esclavos, y su compañero de lucha. San Martín, decretó en 1821 que "en lo futuro, los aborígenes no serán llamados indios ni nativos; son hijos y ciudadanos del Perú y serán conocidos como peruanos".* (Podríamos añadir: a pesar de que el capitalismo impreso no había llegado todavía a estos analfabetos.) (Anderson, 1987, p. 80)

En consecuencia, asumimos que las conflagraciones dejaron tras de sí naciones cuyas identidades precolombinas fueron anuladas por la identidad nacional enfrentada a la metrópoli. Estas fueron de igual manera refrendadas por la mayoría de los criollos en los países independizados como un discurso que articulaba sus intereses de clase. Es decir, primó una actitud homogeneizadora por parte de los criollos; se construyó un “nosotros” en contra de los españoles metropolitanos. Sin embargo, este discurso no tomó en cuenta a los grupos aborígenes, que no tenían ni voz ni voto en estos enfrentamientos. Por ello, luego de la independencia esta exclusión se acentuó en la concepción de las nuevas naciones y en las maneras como era entendida y manejada la nación.

En tercer lugar, la “conciencia nacional” de la América liberada no habría florecido de no ser por el “capitalismo impreso”. Conviene recordar que en un primer momento la imprenta y los

bienes culturales que esta producía, estaban regidos por los poderes religiosos hasta finales del siglo XVIII. Es con la llegada del siglo XIX que la situación cambia. Anderson sostiene:

Los periódicos hispanoamericanos que surgieron hacia fines del siglo XVIII se escribían con plena conciencia de los provincianos acerca de mundos semejantes al suyo. Los lectores de periódico de la ciudad de México, Buenos Aires y Bogotá, aunque no leyeron los periódicos de las otras ciudades, estaban muy conscientes de su existencia. Así se explicaba la conocida duplicidad del temprano nacionalismo hispanoamericano, su alternación de gran alcance y su localismo particularista. (1987, p. 98)

Es decir, la prensa contribuyó con contactar a los ciudadanos del Nuevo Mundo, a reconocerse como entes de una *comunidad imaginada* orgullosa de su “americanidad”. Sin embargo, creemos que existe una imprecisión en esta generalizada aseveración. No se está considerando el hecho que en países como en México y Perú *el capitalismo impreso* aparecería luego de las guerras por la independencia a excepción del *Mercurio Peruano* (1790-1791). Este capitalismo impreso se manifestó en diversas publicaciones y periódicos, pero al no tener como referente al enemigo común español estas publicaciones se convirtieron en portadoras e interpretadoras de la realidad inmediata, que para el caso peruano era caótica e inmanejable. Además, Anderson considera que existe un elemento fundamental en este primer desarrollo trunco de las naciones latinoamericanas.

En este sentido, la "incapacidad" de la experiencia hispanoamericana para producir un nacionalismo propio permanente refleja el grado general de desarrollo del capitalismo y de la tecnología a fines del siglo XVIII" así como el atraso "local" del capitalismo y la tecnología españoles en relación con la extensión administrativa del Imperio. (1987, p.99)

Vara Marín, L.H. «Construcción de la idea de nación: del Costumbrismo a los inicios de una conciencia nacional» *Summa Humanitatis*, vol. 9, número 2 (2017), pp. 13-52.

Esta incapacidad de desarrollo económico o capitalista hace que hasta la actualidad vivamos una realidad heterogénea, en la que los discursos nacionales no se articulan en políticas educativas. El Estado es al fin y al cabo un ente externo del mundo de muchas regiones nacionales, como el caso de Cajamarca o las regiones de la selva peruana. El trunco capitalismo impuesto en las provincias hizo que el escueto y desarticulado discurso de lo nacional no se instaurara en las dinámicas del imaginario colectivo de las provincias y solo se quedara en Lima. Sin embargo, es importante notar que el discurso nacional se evidenció en productos culturales de los criollos como la literatura, el teatro o el periodismo. Por ello, siguiendo a Anderson, sostenemos que el discurso nacionalista tuvo un carácter centralista, limeño, criollo y de espaldas a las provincias.

##### **5. Costumbrismo e inicios de una conciencia nacional en el Perú**

La preponderancia de un paradigma literario y artístico, como lo fue el Costumbrismo peruano durante las décadas posteriores a la independencia, se explica a través de varios factores que se relacionan y entrecruzan en un espacio central capitalino, como la ciudad de Lima y en un tiempo determinado de dos décadas aproximadamente de 1830 a 1850. Dichos factores están enraizados en tres aspectos fundamentales que son los siguientes: El histórico, el ideológico y el literario. En este corto periodo de tiempo, se manifestaron los primeros rasgos de una identidad peruana luego de la independencia con características muy particulares, que evidencian la formación de una ideología criolla capitalina, articulada y legitimada a través del discurso periodístico y literario como lo veremos a continuación.

### 5.1. Carácter de la literatura peruana luego de la independencia

La delimitación exacta de una corriente literaria en la historia de un país es una tarea compleja y restrictiva, porque los escritores y estéticas preponderantes en un periodo de tiempo determinado muchas veces responden a estéticas distintas. En el caso peruano, luego de la independencia se presenta la peculiaridad de que existen varios sistemas literarios coexistiendo y enfrentándose en un mismo periodo de tiempo, por lo que entenderemos a la literatura peruana desde el concepto de *totalidad contradictoria* propuesto por Antonio Cornejo Polar. Más aún, también es fundamental interpretar la literatura peruana en la inserción de esta en el medio histórico social en el cual se desarrolla, evoluciona y transforma. Al respecto Carlos García-Bedoya en su propuesta de periodización de la literatura peruana sostiene:

Resumiendo entonces, establecemos nuestros periodos a partir del marco histórico-social y distinguimos en ellos secuencias detectadas en base a criterios literarios. Por eso al caracterizar un periodo insistiremos en el contexto social y cultural, y en mostrar su dinámica literaria interna. (1990, p. 59)

El caso del costumbrismo, en cuanto a su dinámica interna y externa es interesante, porque esta corriente perteneciente al sistema letrado se nutre del presente inmediato popular, caracterizado por el caos político y social, pero a la vez asimila la estética neoclásica europea y convive con los primeros escritores románticos peruanos. Es decir, escritores costumbristas y románticos compartieron un mismo escenario intelectual y plataformas literarias, estando profundamente relacionados y/o enfrentados por cuestiones ideológicas o políticas, y a la vez nutridos por un presente caótico pero siempre emparentados por el *habitus* que la vida en Lima impuso a estos intelectuales/escritores. Eran criollos limeños, enfrentados por sus antagonismos personales e individualismo como el caso paradigmático de Felipe Pardo y Aliaga y Manuel



Ascencio Segura, pero envueltos en un mismo *campo intelectual* que los legitimaba e interrelacionaba bajo los mismos códigos estéticos e intereses culturales, como lo señala Pierre Bourdieu en su libro *Campo de poder y campo intelectual*:

Las relaciones que cada intelectual puede mantener con cada uno de los demás miembros de la sociedad intelectual con el público, y, *a priori*, con toda realidad social anterior al campo intelectual (como su clase social de origen y de pertenencia o poderes económicos tales como los comerciantes o los compradores), están mediatizadas por la estructura del campo intelectual, o más exactamente, por su posición en relación a las autoridades propiamente culturales, cuyos poderes organizan un campo intelectual: los actos o los juicios culturales encierran siempre una referencia a la ortodoxia. (2002, p. 37)

Las interrelaciones que los escritores/intelectuales mantuvieron entre ellos, que fueron asumidas desde su clase social, estuvieron mediatizadas por una serie de factores contextuales y culturales. La literatura, en las primeras décadas luego de la independencia, y el periodismo fueron las herramientas poderosas mediante las cuales legitimaron sus ideas en un periodo en el que la prensa alcanzó una profunda influencia en los lectores de diversas clases sociales. Benedict Anderson llamaría a este apogeo y preponderancia de la prensa, luego de las guerras por la independencia en Latinoamérica, como *capitalismo impreso*. En ese sentido, para la delimitación temporal-histórica y literaria del tema desarrollado (1830- 1850) hemos tomado la propuesta de los historiadores Carlos Contreras y Marcos Cueto desarrollada en *Historia del Perú contemporáneo*, en la que establecen una etapa histórica inmediatamente posterior a la independencia coincidente con el primer militarismo y el costumbrismo, cuya duración es de dos décadas aproximadamente, que se inicia con la salida de Simón Bolívar (1826) del Perú y finaliza con el periodo en que el Perú llegó a cierta estabilidad con el primer gobierno de Ramón Castilla

Vara Marín, L.H. «Construcción de la idea de nación: del Costumbrismo a los inicios de una conciencia nacional» *Summa Humanitatis*, vol. 9, número 2 (2017), pp. 13-52.

(1845- 1851). Según la propuesta de los historiadores, este periodo se caracteriza por cuatro rasgos que nos marcaron como sociedad luego de la independencia y que resumiremos a continuación:

1) Carencia de una clase o grupo social cuyo rol dirigente los demás aceptarán; 2) Desorganización de las finanzas públicas, sin las cuales todo gobierno era ilusorio; 3) Hondas distancias y resentimientos entre los grupos sociales, que dificultaban la formación de una comunidad nacional; 4) Escasa articulación del territorio, ya que los caminos eran pocos y la dificultad del terreno la hacían poco viable.

Estos rasgos de carácter negativo, señalados por los historiadores, dificultaron la cohesión de un Estado fuerte y dirigente. Además, las continuas luchas por el poder respondieron a los resentimientos entre los grupos sociales que durante muchos años habían coexistido a la sombra de los españoles, quienes eran los que asumían los roles protagónicos en el estado, lo cual no permitió la formación de una comunidad nacional. Por otro lado, la incomunicación del territorio agreste hizo que la fragmentación y el centralismo limeño se acentuaran; estos fueron los rasgos esenciales de la nación peruana durante casi todo el siglo XIX.

## **5.2. Costumbrismo peruano: del caos político a las primeras ideas de nación (1821-1844)**

La independencia peruana significó una reestructuración, simbólica al menos, de lo que debería ser los componentes de nuestra joven nación. Esta reestructuración puso en evidencia, entre tantos aspectos, la necesidad (consciente/inconsciente y discursiva/real) de buscar elementos históricos que cohesionaran a los habitantes bajo un solo discurso homogeneizador en un periodo

de tiempo relativamente corto. Las resquebrajaduras sociales en el Perú, fruto de diversas luchas internas, históricas y sociales, generaron que en el imaginario de cada grupo social existan versiones y pasados distintos, que con el transcurrir de los años se fueron disolviendo en las versiones oficiales formuladas desde la intelectualidad *letrada-criolla-limeña*, y sobre todo, desde el poder central capitalino, a través de la prensa, el teatro, manifiestos y textos literarios. Los textos que fueron construyendo estos imaginarios asumieron inconscientemente la tarea de homogenizar las versiones del pasado, seleccionar los recuerdos y olvidar los traumas que resquebrajaran la idea de un todo unitario. Es decir, el gran relato histórico de la nación debía cohesionar las experiencias pasadas y relacionarlas con el presente.

En ese sentido, la literatura nunca estuvo al margen en la tarea de seleccionar y desdeñar los recuerdos que conforman la memoria de una nación. En el siglo XIX, como en ningún otro, la literatura fue un poderoso elemento/herramienta de legitimación para los grupos *criollos/letrados/limeños* que detentaban el poder. De este modo, a través de la literatura se podía generar una idea de comunidad con los mismos intereses y problemas, pues se compartía una misma historia y hasta un mismo futuro. Éramos una comunidad imaginándose como nación, según el concepto de Benedict Anderson. Los escritores capitalinos posteriores a la independencia, y durante el desarrollo de lo que Anderson llama el *capitalismo de imprenta o impreso* y la aparición de lectores más o menos habituales, lograron ser los primeros en imaginar a la nación y representar su concepción compartida de nación en sus creaciones literarias. Uno de dichos escritores, y tal vez el más destacado, fue Manuel A. Segura.

### 5.3. El papel del intelectual criollo

La independencia, impuesta por los criollos, y las circunstancias evidenciaron la carencia de un grupo social que asumiera un liderazgo legitimado por los demás grupos sociales de la República. El vacío de poder dejado por los españoles no solo generó enfrentamientos entre los ciudadanos independizados, sino que dicho vacío, real y fáctico, fue ocupado por personajes de diversa índole cultural y económica que fueron los primeros en reflexionar y asumir la tarea de organizar un país desarticulado y sumido en el caos político. En tal sentido, los militares con las armas; los comerciantes con el dinero y los letrados mediante la diseminación de sus ideas, disputaron el poder de organizar el estado en el plano real y simbólico.

Los historiadores Cueto y Contreras afirman, que “ante la carencia de un estado estructurado, sólido y legitimado por todos los grupos sociales, se disputaron el poder tres tipos de personajes. Los militares, los comerciantes y los ideólogos/escritores” (2004, p. 86). Estos últimos se manifestaron, a través del periodismo y la literatura, analizando y criticando los diferentes aspectos de la realidad inmediata, y de manera indirecta y sistemática fueron los primeros en crear y moldear un público lector ávido por temas nacionales en los cuales se veían reflejados e involucrados directamente. Sin embargo, los grandes debates ideológicos debían subyugarse a la anarquía militar que dejaba poco espacio para doctrinas, proyectos o partidos políticos de larga existencia. Es así que el papel del intelectual en este periodo de continuos enfrentamientos políticos fue transformándose y tomando un protagonismo central, ya que tomaron conciencia de la importancia del nuevo público lector (la opinión pública) y del papel de moldeadores de conciencias mediante la literatura y el periodismo. Al respecto, veremos el caso de Manuel A. Segura y su atípica novela histórica titulada *Gonzalo Pizarro*, en la que se evidenciarán los rasgos más importantes de representación criolla de la nación y el manejo intencional del texto.

## 6. Manuel A. Segura, intelectual criollo

Fue un escritor y dramaturgo peruano, importante representante del Costumbrismo en los inicios de la literatura republicana. Se constituyó como uno de los más destacados componentes de lo que llamaremos los grupos intelectuales de Lima, considerado por sus coetáneos y las generaciones de escritores posteriores como una de las voces más importantes de la intelectualidad peruana luego de la independencia. Caracterizados por tener los medios de comunicación (periódicos, revistas, obras dramáticas, panfletos, etc.) más efectivos de la época, estos grupos intelectuales de los que Segura, tal vez fue su máximo exponente, se desempeñaron especialmente en la actividad periodística y literaria, ejerciendo una considerable influencia no solo en la política coyuntural, sino en los proyectos y representaciones de país que se formularon a mediados del siglo XIX y que se reafirmaron a lo largo de dicho siglo.

En el siguiente apartado analizaremos los rasgos mediante los cuáles Manuel A. Segura representa a la nación en su novela histórica *Gonzalo Pizarro* desde la visión de los grupos intelectuales limeños.

### 6.1. *Gonzalo Pizarro*: narración y representación

La novela de temática histórica *Gonzalo Pizarro* relata la rebelión de los encomenderos en contra de la Corona española. La diégesis empieza *in medias res*, por lo que el autor asume que el lector está familiarizado con la historia, a pesar de su constante afán explicativo; por ello, guía al lector paso a paso, haciendo pausas al desarrollo del relato. Por la presentación del relato podemos asumir que la historia de la rebelión de los encomenderos siempre estuvo presente en los idearios

colectivos de la colonia. Por el enfoque que le brinda Segura, posiblemente este haya sentido cierto aprecio por este primer gesto independentista frente a la Corona.

El punto de partida de la historia se sitúa cuando el protagonista Gonzalo Pizarro logra un gran triunfo en Quito sobre el virrey, por lo que queda convertido en líder absoluto del Perú. Sin embargo, su poder empieza a peligrar cuando el nuevo representante de la Corona, el sacerdote Pedro de la Gasca, nombrado Presidente de la Real Audiencia de Lima con el título de Pacificador; llegó a Panamá y ofreció el perdón a los sublevados. Las fuerzas de Gonzalo Pizarro empezaron a desertar y sumarse a las tropas de Pedro de la Gasca. En este punto, Pizarro empieza a perder el control de la situación. Sumado a ello, en sus filas un hombre de su entera confianza llamado Diego Cepeda urde un plan para traicionarlo por la ambición y el amor de una antigua amante de Pizarro. Solo Francisco Carbajal, comandante de sus tropas, le es leal y en él reside el triunfo de la rebelión, pero fruto de las intrigas del oidor y el hombre de letras Cepeda, Pizarro deja de confiar en él, cuestión que poco a poco será su ruina. La historia termina en el Cuzco, lugar en el que ambos ejércitos se enfrentaron en la batalla de Jaquijahuana en la pampa de Sacsahuana el 9 de abril de 1548. Gonzalo Pizarro fue preso, al igual que su lugarteniente Francisco de Carbajal. Ambos fueron decapitados al siguiente amanecer, a excepción de Carbajal, que por ser plebeyo fue ahorcado. Las cabezas de Gonzalo y Carbajal fueron enviadas a Lima y expuestas perpetuamente en la Plaza Principal, dentro de unas jaulas de hierro. Curiosamente, el intrigante y traidor Cépeda, al inicio hombre de confianza del protagonista y luego traidor, tampoco fue perdonado y termina muerto en España.

El presidente recibió a Cepeda con los brazos abiertos, besándolo muchas veces en los carrillos en recompensa de haberle cumplido su palabra (de traicionar a Gonzalo Pizarro).

Pero ni las recomendaciones de ese personaje ni sus muchos y fundados descargos pudieron impedir que, trasladado después a España, le acusase el Fiscal real como cómplice de la rebelión de Gonzalo Pizarro, y que como a tal se le sentenciase al último suplicio; afrenta de que solo pudo librarse tragando un veneno en su prisión. (Segura, 2004, p. 47)

La diégesis termina con la muerte de los protagonistas de la historia, todos ellos involucrados directamente en la sublevación. El final trágico de los personajes y de la rebelión, establece un punto de quiebre para el establecimiento definitivo de la colonia. Este proyecto trunco de rebelión frente a la Corona española se articula con la independencia que se logra muchos años después. La descripción inicial heroica del protagonista y los recientes sucesos de la independencia hacen evidente que los primeros lectores de esta novela hayan podido sentir simpatía (es la intención del autor) por la figura de Gonzalo Pizarro y su proyecto independentista. La rebelión contra la Corona les costó la vida a los protagonistas, pero dejaron la sensación de que esta rebelión pudo ser posible, ya que fueron los factores humanos los que lo impidieron. La muerte de Cepeda, se asume como una lección de que ningún traidor se queda sin castigo o también que la Corona nunca debe traicionarse. De la rebelión de los encomenderos a la independencia criolla se transita bajo la sombra de un proyecto que buscaba gestar una nación propia, libre del poder español. Es por ello que la descripción de los personajes y la situación fueron actuales para los lectores del siglo XIX. Este lector criollo y limeño reconoce la situación y el impulso que tuvieron estos personajes (heroicos para ellos) al ser los primeros en buscar la independencia.

## 6.2. Sentido de la novela

En el siglo XIX, luego de la independencia, los textos de los más importantes escritores como el mismo Segura o Felipe Pardo y Aliaga eran herramientas de legitimación para los grupos *criollos/letrados/limeños* que detentaban el poder del manejo de la opinión pública. No es difícil entender que tanto el tema de la rebelión de los encomenderos, el personaje elegido para su novela: Gonzalo Pizarro, y el enfoque histórico por parte del autor tenían una trascendencia más allá de lo puramente estético para los lectores de aquella época. Sin embargo, el propio autor al inicio de la tercera entrega de la novela indica:

No es el deseo de adquirir nombradía literaria, ni de ostentar conocimientos, que estamos muy distantes de tener, lo que nos ha obligado a tomar la pluma para redactar esta novela. Nuestro intento ha sido únicamente presentar en ella un breve extracto de la historia de nuestra patria hasta la época de Gonzalo Pizarro, adornándola con algunas situaciones dramáticas, sacadas de ellas misma, a fin, de hacer más popular y agradable su lectura. También desearíamos que este nuestro trabajo, mal urdido y peor desempeñado, pudiese servir de estímulo para que muchos de nuestros compatriotas, de más capacidad y luces que nosotros, ejercitasen tan bellas cualidades sacando a la luz las discordias civiles de nuestros padres, que se presentan abundantemente a este género de composiciones. (2004, p.22)

Se intenta poner en evidencia al lector el poco conocimiento y experiencia con la que cuenta el autor en el desarrollo de este género. Sin embargo, señala la necesidad de conocer la historia de nuestra patria que surge de las discordias civiles de nuestros padres. Implícitamente, asume un rol de presentador de la historia para que otros escritores con mejores capacidades empiecen con la gran tarea de reconstruir el pasado. Más importante aún es cuando designa a los antiguos conquistadores “nuestros padres”, pues está articulando el pasado colonial con la nueva etapa republicana; es decir, existe una ruptura política con los españoles, pero no sucede lo mismo a



nivel simbólico. Segura establece una conexión directa entre el pasado colonial y el presente en el que el Perú es un país emancipado, que no rompe con el pasado español sino que lo asume como una natural continuidad.

Por otro lado, las resquebrajaduras sociales en el Perú, fruto de diversas luchas internas luego de la independencia, generaron que en el imaginario de cada grupo social existan versiones y pasados distintos, que con el transcurrir de los años se fueron disolviendo en las versiones oficiales formuladas desde la intelectualidad *letrada-criolla-limeña*, como la que propone el propio Segura. Como lo habíamos sustentado líneas arriba, la independencia de los países latinoamericanos y el retiro del poder español puso en evidencia la heterogeneidad de historias que existían a la vez y que eran compartidas en un mismo espacio por lo que el origen de una nación fue casi imposible, y en cada uno de los países independizados como México, Colombia o Perú los criollos tuvieron que legitimar mediante la imposición real y simbólica su visión de mundo en desmedro de los demás grupos sociales. En este sentido, la lectura y punto de vista que el autor asume para relatar la historia de la rebelión de los encomenderos presenta una gran importancia en la proyección y entendimiento de este hecho (asumir la historia colonial como propia) por parte de los lectores de la época, que estaban deseosos por conocer la historia de sus antepasados. Al respecto Mario Suarez Simich (2006) sostiene que:

El enfoque histórico de Segura en esta novela va a servir para determinar la visión de los criollos frente a la historia pasada y su relación con el presente político del autor, lo cual constituye una de las funciones de la narrativa histórica. Escoger a Gonzalo Pizarro y a Francisco de Carbajal como personajes principales es significativo. Ambos fueron los líderes de una de las muchas rebeliones protagonizadas por conquistadores peninsulares contra la Corona española, a las cuales se les denomina “guerras civiles”. En algunos casos, la

intención de los sublevados llegó a ser la de “alzarse con el Perú”, es decir, nombrar un “príncipe” y una nueva aristocracia para romper con la metrópoli. (p. 2)

Consideramos que la elección del título y del personaje histórico, que articulan la trama novelística, presentan una clara intencionalidad ideológica. Para el autor, es la historia de nuestros padres, la reconstrucción de nuestra memoria para establecer quiénes somos y de qué manera debemos estructurar nuestras imágenes del pasado. El texto a nivel simbólico propone la continuidad de lo español como elemento estructurador de nuestra identidad: somos hijos de los españoles y por lo tanto nuestra nación debe recordar de forma natural el pasado que ellos han heredado. El protagonista Gonzalo Pizarro encarna la rebelión de los encomenderos, la más importante revuelta contra la Corona española. Los encomenderos fueron aquellos españoles que imaginaron por primera vez que una nación en estas tierras era posible. La rebelión significó la posibilidad frustrada de constituir una organización social autónoma en tierras peruanas. “Esos anhelos, que se habían cumplido con la Independencia y la actitud de rechazo hacia la administración española, eran parte de la sensibilidad hegemónica de la época” como lo señala Marcel Velázquez en sus diferentes artículos publicados (2004, 2005 y 2007). Existe una correlación entre el texto y la sensibilidad hegemónica de la época, ya que la novela del siglo XIX presenta una visión del Perú desde un punto de vista determinado que, por cuestiones históricas y materiales, era la visión criolla, representada por los grupos letrados limeños. En tal sentido, la novela del siglo XIX presenta una visión del Perú desde el ámbito urbano criollo y costeño, y refleja la mentalidad de la sociedad de ciudadanos independizados. Esta visión fraccionada de la realidad peruana se consolidó a lo largo del siglo XIX hasta que la guerra contra Chile obligó a reflexionar sobre los elementos reales de nuestra identidad.

La hegemonía cultural de Lima sobre el resto del país implicó el ascenso de una visión y un proyecto de país por encima de otras visiones que no tuvieron la capacidad material y discursiva para plasmarse en textos o periódicos de la época. Lo criollo, a través de la literatura, el arte y el periodismo, aportó las primeras imágenes de lo que somos como nación. Estas visiones fueron eminentemente criollas, limeñas y de espaldas al resto del país. Por ello, lo andino no fue tomado en cuenta en la conformación de la nación, y los elementos occidentales/cristianos se articularon en el imaginario social de la época como se puede evidenciar en la novela.

### **A manera de conclusión**

Como hemos sustentado en el presente artículo, el concepto de nación surge y se complejiza a lo largo del siglo XIX. Este concepto estuvo originalmente ligado a las ideas de raza, etnia, comunidad o pueblo; posteriormente, evolucionó y tomó elementos subjetivos y materiales que antes no habían sido tomados en cuenta. En ese sentido, la idea de nación y de nacionalismo son conceptos construidos bajo un tenor altamente ideológico: pensados desde una clase social determinada y proyectado bajo ciertos intereses de clase que son legitimados por la comunidad humana que integra una nación.

En el origen del concepto de nación existe un discurso ideológico que articula intereses de una clase determinada y se sostiene en los imaginarios colectivos y sus dinámicas a través de la historia. En el Perú, estos discursos nacionalistas o que definieron a la nación fueron articulados por lo que denominamos los *criollos letrados*; bajo ciertas condiciones históricas y materiales, dichos discursos se convirtieron en los relatos validados por la sociedad letrada. Es en esta

articulación que la idea de una nación peruana soslayó los intereses ajenos al grupo criollo letrado y se delimitó a la capital del Perú, Lima, lugar donde la mayoría de dichos criollos circunscribía su mundo, y que con el correr del tiempo constituyó la única manera en el que el Perú pudo imaginarse como nación.

Como ejemplo de esta construcción simbólica y discursiva, hemos evidenciado que la nación representada en la novela histórica *Gonzalo Pizarro* de Manuel A. Segura es configurada como una nación criolla/blanca en la que todos sus aspectos corresponden a características coloniales a nivel ideológico y social. Es por ello que en el texto se establece una continuidad histórica entre lo colonial y lo republicano; se representa lo occidental/cristiano como eje central de la sociedad descrita y se ignora lo andino como una medida natural en la representación de su nación (criolla). Podemos aseverar que estas primeras representaciones de la nación son las que casos hemos heredado como una continuidad de la exclusión de los demás grupos sociales que integran el Perú y que es el rasgo más importante de la representación de lo nacional a lo largo de todo el siglo XIX.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, B. (1987) *Comunidades Imaginadas: reflexiones sobre el origen y la discusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Basadre, J. (1998) *Historia de la República del Perú*. Lima, Editorial Universitaria, (octava ed.)
- Bourdieu, P. (2002) *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires, Montessor Jungla Simbólica.
- Castro A., M. (1965) *La novela peruana y la evolución social*. Lima: Ediciones Cultura y Libertad.
- Cornejo P., A. (1989) *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de Estudios y publicaciones.
- Cornejo P., J. (1970) *Sobre Segura*. Lima Universidad de Lima
- (1998) *Estudios de literatura peruana*. Lima: Universidad de Lima- Banco Central de Reserva.
- Cueto M. y Contreras C. (2004) *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima, Universidad del Pacífico y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Del Castillo Carrasco, D. (2000) “Un deseo de historia: notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de La Revista de Lima (1859- 1963)” En *El Hechizo de las imágenes: estatus social, género y etnicidad en la historia peruana 99- 197*, Comp. Narda Henríquez, Fondo editorial de la PUCP.
- Delgado, W. (1980) *Historia de la Literatura republicana: nuevo carácter de la Literatura en el Perú independiente*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.
- García-Bedoya M., C (1990) *Para una periodización de la literatura peruana*. Lima: Latinoamérica Editores.
- Vara Marín, L.H. «Construcción de la idea de nación: del Costumbrismo a los inicios de una conciencia nacional» *Summa Humanitatis*, vol. 9, número 2 (2017), pp. 13-52.

- Gellner, E. (1997) *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Herbozo D., J. M. (2009) “Falsos romances: anarquía y sociabilidad en Gonzalo Pizarro de Manuel A. Segura”. En *Boletín del Instituto Riva Agüero* #35.
- Hobsbawm, E. (1992) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Renan, E. (1882) “¿Qué es una Nación?” Conferencia pronunciada en la Sorbona, el 11 de marzo de 1882. Editorial Elevación, Buenos Aires, 1947.
- Riva – Agüero y Osma, J. (1962) *Carácter de la literatura del Perú Independiente*. Lima: 2da Ed. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sánchez, L. A. (1974) *Introducción crítica a la literatura peruana*, Lima: Edición P. L. Villanueva
- Sánchez, L. A. (1976) *El señor Segura hombre de teatro*. Lima: Edición Definitiva U.N.M.S.M.
- Segura, M. A. (2004) *Gonzalo Pizarro*. Edición y nota de Ricardo Silva–Santisteban – Lima: Editorial Universitaria U.R.P.
- Simich, M. (2006) “Apuntes para un proceso de la narrativa histórica en el Perú”. *Revista virtual El hablador* # 13. Pág. 1-6.  
Recuperado de [http://www.elhablador.com/dossier13\\_suarez1.html](http://www.elhablador.com/dossier13_suarez1.html)
- Velásquez C., M. (2002) *El revés del marfil: nacionalidad, etnicidad, modernidad y género en la literatura peruana*. Lima: Editorial Universitaria UNFV.
- (2003) “La literatura peruana en el periodo de la crisis y disolución del régimen colonial (1780 – 1830)”. *Revista Ajos & Zafiros* # 5. 2do semestre: Pág.15-38.
- (2004) “Los orígenes de la novela en el Perú: folletín, prensa y romanticismo”. *Revista Ajos & zafiros* # 6. 2do Semestre 2004. Pág. 15-36.
- (2005) *Las máscaras de la representación: el sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú (1775- 1895)*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.
- Vara Marín, L.H. «Construcción de la idea de nación: del Costumbrismo a los inicios de una conciencia nacional» *Summa Humanitatis*, vol. 9, número 2 (2017), pp. 13-52.

----- (2007) “Género, novelas de folletín e imágenes de la lectura en la Ilustración y el romanticismo peruanos”. Revista virtual de literatura: El Hablador # 14.

Recuperado de [http://elhablador.com/dossier14\\_marcel4.html](http://elhablador.com/dossier14_marcel4.html)

Tamayo V., A. (1965) *Literatura Peruana* Vol. II. Lima: UNMSM. Departamento de Publicaciones.

Watson E., M. I. (1980) *El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

**Construcción de la idea de nación: del Costumbrismo a los inicios de una  
conciencia nacional**

52

Luis Henry Vara Marín

---

Revista Summa Humanitatis/ Número 9, Volumen 2, 2017/

ISSN1993 – 8179/ Lima/ pp. 13-52.

---

Fecha de recepción: 10 de marzo de 2017

Fecha de aceptación: 10 de abril de 2017